

799
PRIMERA PARTE
DE LOS VARIOS SUCESOS DE DON MANUEL DE
Contreras, y Doña Teresa de Rivera; en que se declara, como
Don Manuel sacó á Doña Teresa de un Convento de la Ciudad
de Salamanca, y partiendo á Cordova fué muerto
en Sierra-Morena por un hermano de
Doña Teresa.



AL Divino Consistorio
de la Trinidad Suprema,
Padre, Hijo, y Espiritu Santo,
tres Personas, y una Esencia,
le pido humilde, y postrado
me dé gracia con que pueda
mover mi rustico ingenio,
y mi pluma buela diestra,
para que acierte à escribir
la fortuna mas adversa,
el caso mas lastimoso,
la mas infausta tragedia,
que han escrito las historias,
ni los anales celebran.
En las asperas montañas
de Guadalupe, que buelan
por el mundo sus noticias,
cuya intrincada aspereza
quiere competir al Cielo
sus marañadas guedexas.
En este aspero desierto,
entre sus robles, y breñas,

un Pastor que yà dexaba
en su aprisco las ovejas,
y pasaba cuidadoso
à una Aldèa de alli cerca,
y para llegar mas presto,
vá por escusadas sendas,
quando yà impensadamente
le sufocan, y amedrentan
unos ecos que con ayes
dàn de algun presagio señas.
Quedose el Pastor confuso,
y llegandose mas cerca
vió una hermosisima Dama,
que dudaba en su belleza,
si era Palas en el monte,
ó si era la Diosa Minerva.
Era en extremo tan linda,
que si el mismo Cielo obstenta
un Sol para adorno suyo,
acompañado de Estrellas,
ella con sus dos mexillas
dos Soles consigo lleva.

Do



Dos carbunclos son sus ojos,
que lucen con luces bellas.
Tiene la Luna en su frente,
su garzota una madexa
de oro que á muchos hombres
pudo servir de cadena.
Orilla de sí tenia
una charpa de escopetas,
y un hombre muerto en sus brazos
cuyas heridas perversas,
con la purpura que vierten,
manchan las flores y yervas.
Estaba la triste Dama
en lagrimas tan desecha,
que aunque el llanto en su hermosura
suele estragar su belleza,
tambien las lagrimas su elen
perfeccionarla mas bella.
Con lastimosos sollozos
la hermosa Dama se quexa,
mirando al yerto Consorte,
y dice con dulces quexas:
Noble dueño de mi vida,
amada, y querida prenda,
imán de mi corazón,
de mi alma, y mis potencias:
tú que has muerto por mi causa,
tambien es razon yo muera,
pues vèo en tí amado dueño,
la luz de mis ojos muerta.
Vèo quebrado el espejo
donde me miraba atenta;
vèo yá el Sol eclypsado,
pues de tu rostro se auenta;
miro el clavel deshojado,
quando yo aguardaba tierna
el descanso de tus brazos,
oy los míos manifiestan
sèr un funesto teatro,
donde la muerte se hospeda.
Ya se acaban mis gustos,
yá mis rongoxas se aumentan,
yá llegó el fin de mis glorias,
yá mis desdichas empiezan;
murieron mis esperanzas,
y renacen mis tristezas.
Dónde hallarè yo consuelo
á tanto tropel de penas?

Solo el morir es remedio:
Aves, animales, fieras,
sirva mi cuerpo de pasto
á vuestra ambición ambrienta
divida mi cuerpo en trozos.
O muerte, cómo no llegas,
que á la que menos te teme
la maltratas con tu ausencia?
Tierra, cómo no te abres,
que allá en tus entrañas densas
quiere verse su mergida
quien tanto el morir desea.
Estas palabras decia,
y entre sus brazos le aprieta.
Mirabale el rostro elado,
é inclinada la cabeza
sobre yá muerto cadaver
alli se quedó traspuesta.
Llegò á este tiempo el Pastor,
diciendo: Señora, ea,
buelve en tí, mira, y repara,
que soy hombre (considera)
compasivo á tus desdichas,
que aqui á socorrerte llega.
Viendo que no le responde,
la toma con diligencia
en sus ombros, y á un Convento
de Monges, que está alli cerca,
la llevò, donde al Prelado
con requisito la entrega,
y los Religiosos Padres
con muchisima presteza,
le dán remedio, y reparos,
y á muy pocas diligencias
bolviò en sí la hermosa Dama
toda en suspiros embuelta.
Todos aun tiempo la piden,
que de la firma que pueda
les cuente su amarga historia,
que yá desean saberla.
Formando un tierno suspiro,
les respondió muy discreta:
No puedo negarme, Padres,
siendo justa la obediencia,
á referir mi suceso,
si acaso el dolor me dexa.
La muy noble Salamanca,
esa es mi Patria, y mi tierra
nací

nací de muy nobles padres,
mi nombre proprio es Teresa.
Apenas cumpí tres lustros,
(aquí mi desdicha empieza)
murió mi padre, y mi madre,
Dios en el Cielo los tenga.
Baxo el poder de mi hermano
quedè, y al instante intenta
el entrarme Religiosa,
y yo fuí de esto contenta.
En este tiempo, hay de mí!
un Caballero, què pena!
galàn, discreto, y vizarro,
que es D. Manuel de Contreras,
èste à mi hermano le dió
la vida en una pendencia;
y mi hermano agradecido,
y atento à tan gran fineza
lo llevó à mi casa, quando
ha entrado por ella apenas,
él miróme, y yo mirè o,
amor disparó su flecha
à un tiempo los dos quedamos
heridos de tal manera
en las coyundas de amor,
él preso, y yo prisionera,
èl amante, y yo rendida,
èl resuelto, y yo resuelta.
Creció nuestro amor de suerte,
que su ardor pasó à violencia,
pues reconoció mi hermano
de nuestro amor la firmeza.
Quió à Don Manuel la entrada,
y à mí enojado, me encierra;
valime de una criada,
la qual una noche ordena,
darle entrada à Don Manuel,
y en mi mismo quarto entra,
en ocasion que à mi hermano
el recelo no le dexa
sosegar, se levantò,
y à mirar la casa empieza;
mas no fué tal su silencio,
porque à el abrir una puerta
le sentimos, y al momento
Don Manuel con ligereza
quiso ausentarse, mas fué
pública su diligencia,

porque al salir à la calle,
la desgracia que lo ordena,
se le disparó una pistola,
pregon fué de mi flaqueza.
Creció en mi hermano la furia,
reconociendo su afrenta:
de lo que fué sospechoso,
sacó clara la evidencia,
de los cabellos me arrastra
llevado de su soberbia.
A la mañana siguiente
tratò mi hermano, què pena!
el llevarme, que pesar!
à un Convento, què tristeza!
violentada, què tormento!
para quien el alma dexa
en cautiverio amoroso;
pero amor que no me dexa,
con papeles correspondo,
que nunca faltan terceras
para aquestas ocasiones;
y hallandome yo resuelta,
ordenamos que una noche
por las tapias de una huerta
del Convento me sacase,
y logrado el verme fuera,
Don Manuel que percebido
de much sarmis me espera,
y un cavallo que à los vientos
imita en sulig, reza,
à las ancas me montó,
y à Cordova la opulenta
caminabamos, à donde
tenia su parentela
con el pretexto, en llegando,
al Obispo darle cuenta,
y lograr los esponsales,
pero nuestra suerte adversa
no quiso se nos lograse
una pretension tan buena.
A este desierto llegamos
en el rigor de la siesta;
nos apartamos, y yo
fatigada à la molestia
del camino me quedè
vencida del sueño, y apenas
se suspenden mis sentidos,
me ha entrado con vehemencia

entre

entre angustias , un ensueño
tan pesado , de manera,
que en su inhumano concepto
fué su tirana influencia,
que à mi amante daban muerte
traydores con inclemencia.
Quiero dàr voces , no puedo,
quiero acudir , no me dexa
aqueste infame letargo,
y entre congojas , y penas,
el corazon à pedazos
queria salirse fuera
del pecho , y la garganta
anudada . que no dexa
los conductos del valor,
que interrumpiesen afuera:
cansada de batallar,
el vil ensueño me dexa.
Disperté toda turbada,
y luego que fuí despierta,
buscaba à un lado , y à otro,
à el imàn de mis potencias:
mas viendo que no le hallo,
el alma quedò suspensa,
y el corazon traspasado,
la sangre elada en las venas.
Oí decir , hay de mí!
muerto soy sin resistencia
à vuestras traydoras manos,
à Dios , amada Teresa,
que yà de mi triste vida
llegó la hora postrera.
Acudí despavorida,
lleguè , mas que viva , muerta,
lo hallè rebuelto en su sangre,
manchando la tosca arena;
y viendo tan gran desgracia,
le dixè con grande pena:
Quién fuè el ingrato homicida,
que con tirana insolencia
te ha puesto de aquesta suerte?
Oye , mi desdicha es esta:
Al sueño tu te venciste,
y yo à esta fuente risueña
vine por un poco de agua,
y estando serrado en ella,
divertido en sus cristales,
me acometen con violencia
tu hermano, y quatro traydores,

y con tirana sobervia
catorce heridas me han dado,
que ya por muerto me dexan.
Tù del riesgo te libraste,
pues no hicieron diligencia
de buscarte , que unas voces
que oyen , à huír los empeña.
No siento mi muerte , no;
solo siento que te quedas
en aquesta soledad
acompañada de fieras.
Y pues me falta el aliento,
pues yà la muerte me espera,
te pido que me perdones,
porque perdonada seas,
que si yo merezco el verme
en la Divina presencia
de Dios , pedirè por tí,
que por su santa clemencia
te saque de esta affliction,
y de todo libre seas,
y pues no puedo ampararte,
solo Dios te favorezca.
En esto espirò en mis brazos,
y yo quedè con tal pena,
descoyuntada al dolor,
que mi desdicha se muestra.
Lo demás este Pastor
podrá decir lo que queda;
solo pido se me dé
permiso , que en una cueva,
de un tosco sayal vestida,
me entre hacer penitencia,
para pasar de mi vida
lo restante que me queda.
Se lo otorgaron , y hizo
las christianas diligencias:
y en una lobrega gruta,
toda al sentimiento hecha,
se entrò , donde santamente
en la virtud fuè perfecta.
Por el difunto embiaron,
y con solemnes exequias
sepultura le previenen.
Y aqui el humilde Poeta
ofrece segunda parte,
porque el Auditorio sepa
en lo que vino à parar
Doña Teresa en la cueva. FIN.

SEGUNDA PARTE

DE DOÑA TERESA DE RIVERA, EN QUE SE
declara lo que le sucedió, y el fin
de su vida.



DE DON MANUEL DE CONTRERAS,
Y DOÑA TERESA DE RIVERA.

YA dixo el primer Romance,
como se quedò metida
Doña Teresa en la cueva,
del mismo Dios asistida
despojada de sus galas,
de un tosco sayal vestida.
Yà de Dios arrebatada,
no quiso mas compañía,
que un Divino Crucifixo,
calavera, y disciplinas,
un libro, y una corona
de muy agudas espinas.
Siempre estaba en oracion,
ayunaba cada dia,

y à la hora del comer
salia al campo, y pacia,
como bruto irracional,
las yevas que en èl havia.
Sin compostura el cabello
que de cuidarlo se olvida,
los ojos secos, sumidos
de llorar, y las mexillas,
con lo remanente de ellos,
hechas canales tenia.
El rostro descolorido,
las espaldas muy heridas,
y de estàr arrodillada,
llagadas ambas rodillas.

Tan-

Tanto era su fervor,
que su corazon se ardia
en fuego de amor Divino,
llorando sus culpas mismas.
Yá del mundo no se acuerda,
ni de sus vanas delicias;
que sus pensamientos todos
solamente en Dios tenia.
Tal era su penitencia,
tanto en la virtud camina,
que una Catalina en Roma
solo pudo competirla.
La Egypciaca, y Magdalena,
que tanto en la Iglesia admira,
cuya vida, y penitencias
están en bronces escritas,
ya Teresa en el dolor,
y en el llanto las imita:
Y yá el astuto demonio,
lleno de mortal embidia,
trabaja por derribarla
de aquella tan justa vida,
y con diabolica traza,
para mejor persuadirla,
tomó el traje, y semejanza
(como dixé mas arriba)
de Don Manuel de Contreras,
que yace entre las cenizas,
aquel galán, que Teresa
idolatraba algun dia.
Al fin, el dragon horrible:
para la cueva camina,
llevando en su seguimiento,
sus sequaces que le asistan.
Llegó á la gruta en efecto,
á donde Teresa habita.
llamandola por su nombre,
dice estas palabras mismas:
O desgraciada Teresa!
que grande fué tu desdicha,
pues naufragas en miserias
en lo mejor de tu vida.
Espejo en quien las virtudes
unas con otras se miran;
tú ajada, y tan acabada?
Quando tú en un abrida?
Y yo de mí desgraciado,
siempre adquiriendo noticias,

por no saber donde estabas,
hasta que la suerre mia,
dando treguas al pesar,
quiso traerme á la vista
del dueño que mas adoro,
de la prenda mas querida,
que mora en mi corazon,
y en el alma se avecina.
Quién eres tú, le responde,
que con tan tiernas caricias
me tratas sin conocerme?
Pues qué no me conocias?
Yo soy Don Manuel, mi bien
quien tanto por tí suspira,
quien blasonando de amante,
busca una joya perdida,
y con la gloria de hallarla
me prometo las albicias:
que como el sol de tu rostro
es la luz que me ilumina,
no hallarla fuera mi muerte;
y hallandola tengo vida.
No es posible seas quien dices.
Quién lo asegura? yo misma,
porque él en mis brazos tuvo
las ultimas agonias:
en mis brazos espiró,
por su desdicha, y la mia;
mira si asegurar puedo
lo que mi fè me acredita.
Engañada estás, Teresa,
que aunque sin habla me veias,
no fuí muerto, fué un desmayo,
por la sangre que vertia;
para que mejor te conste
aquí las señales mira
de las heridas que tengo
curadas, sanas, y fixas.
Cómo tan presto sanaste?
Bien la verdad averiguas:
Un Pastor, que compasivo
á caso, buscando iba
unas ovejas, hallóme
sin el habla, como veias:
me tomó, y llevó á un Lugar,
que estaba de allí dos millas;
volví en mí, y bien curado
me vide en muy pocos dias.

Fuí á mi Patria, y á mis padres
de todo les dí noticia:
buelvo à buscarte tan fino,
y aun mas que el primer dia,
y mis padres cuidadosos,
con la casa prevenida,
como à su dueño te esperan,
y asi toda la familia.
Aqui traygo muchas galas,
las que quisieres aplica:
esto solo te está bien,
no dilates la partida.
Ay Don Manuel que ya es tarde?
Qual es la causa me digas?
El voto de castidad,
que à Dios hice con fé viva,
y yá el cumplirlo me es fuerza,
la consecuencia está fixa.
Respondió el Demonio entonces:
Escucha, Teresa mia,
no me disteis voluntaria
palabra, y mano tú misma
de casamiento? Es verdad.
Luego si tú con la mia
uniste tu voluntad
con dulces lazos unida,
sabete de que ya estamos
(segun las Leyes Divinas)
para con Dios desposados,
y sin que lo contradigan
hay nulidad en el voto
que una muger por sí misma,
sin licencia de su esposo,
tal cosa no determina.
Tú por muerto me tuvistes:
pero teniendo yo vida,
queda el voto irregular.
bien la experiencia lo afirma.
Esa es question temeraria,
que primero es (cosa fixa)
lo Divino, que lo humano,
dicen las Leyes antiguas;
cumplir à Dios la palabra,
porque en todo predomina,
à el primero este precepto,
y asi à cumplir no me obliga
la palabra que te dí,
porque me alienta, y anima

el faltar las bendiciones
que es el todo, segun cifran
las leyes del matrimonio;
y por esa causa misma
tengo yá hecho el dictamen
de pasar aqui mi vida,
solo por servir à Dios.
Teresa, yá tú delirias,
à Dios sirve à Dios agrada
la muger, que con medida,
à su marido le asiste
en la maridable vida;
si conmigo no te vienes,
serà tu alma perdida;
mira que injurias al Cielo,
y hasta el mismo Dios irritas,
à los Angeles, y Santos,
quantos en la Gloria hab tan.
Ay de mí! Yá Don Manuel,
me confieso convencida:
buelve despues, que yo en tanto
quiero un rato recogida
mirarme bien, que despues
te darè la razon fixa.
Con esto se entró en la cueva
llorando lagrimas vivas,
y tomando un Crucifixo,
è hicandose de rodillas,
y con afectos del alma
estas palabras decia:
A Vos, Celestial Pastor,
buelve esta oveja perdida,
buscando vuestro rebaño,
pues sois Autor de la vida.
Amorosisimo Padre,
esta pecadora hija
à vuestra clemencia apela;
y pues es tan infinita,
Señor, tu misericordia,
ampara esta desvalida.
Pequé, Señor contra Vos,
ciega, torpe, inadvertida;
sois justiciero, y piadoso,
no quieras sea perdida
la sangre que por mí fuè
en vuestra Pasion vertida.
Buelve, Señor, à la vayna
la espada de tu Justicia,



y halle solo en vuestro amparo
consulto en tanta fatiga;
dadme tu luz , porque acierte,
y no camine perdida.
En esta oracion estaba,
quando vido que venia
acia ella un Caballero,
que color blanco vestia;
el aspecto venerable,
diciendo con melodia:
No tengas temor , Teresa,
que yo soy el alma misma
de Don Manuel , que por tí
goza de la Gloria dichas:
Dios oyó tu peticion,
y así el mismo Dios me embia
para que te desengaño.
Ese que te persuadia
en mi trage , es el demonio,
que con infernal codicia
quiere llevarte consigo
á sus cavernas , ó simas:
ves al Convento , y en él
haz las diligencias dignas
de Christiana , y luego al punto
á tu cueva te retira:
defiendete de los lazos
de esa tu enemiga hidra:
y con esto queda en paz,
Dios te ayude , y Dios te asista.
A penas se apartó el alma
de este mundo á la otra vida,
el demonio que está hecho
un centinela de vista,
bolvió á entrar segunda vez,
diciendo: Teresa mia,
este es el fiero demonio,
que con maña discursiva
en sus tinieblas , y asombros
quiere verte sumergida,

y sèr mi espíritu finge,
y que el mismo Dios lo embia.
Dixole Teresa entonces:
Luego tú , segun explicas,
dices no eres el demonio ?
Pues incatè de rodillas,
y pide misericordia
á este Señor que nos mira.
Dixo el demonio bramando:
Eso no , no lo permita
mi altiva soberbia , que
yo me avasalle , ni rinda.
Pues vete , infernal dragon,
á las brasas prevenidas,
que por tu soberbia tienes,
en el Infierno adquiridas.
Desapareció el demonio,
bramando como una hidra,
dexando todo el desierto
estremecido en sus iras.
Quedó Teresa en asombro
de lo que le sucedia,
y armada de su valor,
para el Convento camina:
confesò generalmente,
y á la cueva se bolvia.
Diez dias no se pasaron
quando vãn á requerirla
cuatro , ó cinco Religiosos,
y la hallaron de rodillas
difunta , y todo aquel sitio
con fragancia transcudia.
Al Convento la llevaron
con la decencia debida;
sepultura le previenen,
gloria á Dios á voces digan:
Y Juan de Mendoza humilde,
es razon á todos pida
perdon de las muchas faltas
que en este Romance cifra.

FIN.